



En el interin, Gutierrez de Cárdenas, de la servidumbre de la princesa, y Alfonso de Palencia, el fiel cronista de estos sucesos, fueron enviados á Aragon para activar las operaciones de don Fernando, durante el feliz intervalo que proporcionaba la ausencia de Enrique en Andalucía. Al llegar á Osma, villa fronteriza, desanimáronse al ver que su obispo, igualmente que el duque de Medinaceli, en cuya activa cooperacion habian descansado para conseguir la introduccion á salvo de Fernando en Castilla, habian sido ganados á los intereses del marqués de Villena; pero disimulando diestramente el objeto verdadero de su viaje, consiguieron llegar sin molestia alguna á Zaragoza, en donde á la sazón residia don Fernando. No pudieron haber llegado en ocasion ménos oportuna. El anciano rey de Aragon se hallaba entonces en lo más recio de la guerra contra los catalanes insurgentes, capitaneados por el victorioso Juan de Anjou; y aunque en tan fuerte aprieto estaban sus tropas á punto de desbandarse por falta de los fondos necesarios para su manutencion, no contando en su exhausto tesoro con más de trescientos *Enriques*. Las dudas más angustiosas le asaltaban, porque no pudiendo reunir el dinero ni las fuerzas necesarias para proteger la entrada de su hijo en Castilla, ó tenia que dejarle marchar desamparado á un país enemigo, prevenido ya de sus intentos y armado para combatirlos, ó abandonar el objeto tan constante de su política en el momento mismo en que iban sus planes á realizarse. Perplejo en este dilema, dejó su resolucion á Fernando y su consejo.

Determinóse, por último, que el príncipe emprenderia su jornada, acompañado solamente de seis caballeros disfrazados de mercaderes, por el camino real de Zaragoza, mientras que por distinto punto saldria otra partida, para distraer la atencion de los castellanos, con toda la ostentacion de una solemne embajada del rey de Aragon á Enrique IV. No era grande la distancia que Fernando y su comitiva tenían que atravesar hasta llegar á puerto seguro; pero el terreno intermedio se hallaba vigilado por patrullas de caballería, que impedirían su marcha, y toda la línea de fronteras desde Almazan

hasta Guadalajara se hallaba defendida por una serie de castillos fortificados al cuidado de la familia de Mendoza. Requeríase por lo tanto a mayor circunspeccion. La partida caminó principalmente de noche, habiendo tomado el príncipe el disfraz de criado, cuidando como tal de las caballerías y sirviendo á sus compañeros á la mesa en las posadas donde paraban. De esta manera y sin más percance que el de haberse dejado olvidado el bolsillo del dinero para la expedicion en una posada, llegaron la segunda noche, á hora ya bastante avanzada, á un pueblo llamado el Burgo de Osma, que se hallaba ocupado por el conde de Treviño, uno de los partidarios de doña Isabel, con un número considerable de gente armada. Al llamar á la puerta transidos de frio y debilitados por la marcha, no habiendo descansado el príncipe un solo instante, un centinela les disparó desde las almenas una piedra, que pasando muy cerca de la cabeza de Fernando, estuvo á punto de terminar en tragedia su romancesca aventura; pero siendo su voz reconocida por los amigos de dentro, anunciaron los clarines su llegada y fué recibido con el mayor contento y alegría por el conde y los suyos. El resto de su jornada, que emprendió ántes de amanecer, lo hizo escoltado por una comitiva numerosa y bien armada, llegando el 9 de Octubre á Dueñas, en el reino de Leon, en donde los nobles y caballeros sus parciales se apresuraron ansiosos á tributarle los respetos debidos á su clase.

La noticia de la llegada de Fernando, difundió general alegría en la pequeña corte de doña Isabel en Valladolid. El primer acto de ésta fué dirigir á su hermano Enrique una carta, en la que le avisaba de la llegada del príncipe y de su proyectado enlace, excusándose de lo que habia hecho por las asechanzas de que la malicia de sus enemigos la habia rodeado, poniéndole de manifiesto las ventajas políticas de esta union y la sancion que habia recibido de la nobleza castellana, y solicitando, finalmente, su aprobacion, y dándole al mismo tiempo las más firmes seguridades de su leal sumision, así por parte de Fernando como por la suya. Hiciéronse despues los preparativos para las vistas de los reales novios, y aunque algunos



cortezanos aduladores quisieron persuadir á su señora que exigiese algun acto de homenaje por parte de D. Fernando, en señal de la inferioridad de la corona de Aragon con respecto á la de Castilla, doña Isabel rechazó con su habitual prudencia semejante proposicion.

En consecuencia de estos arreglos, el príncipe, acompañado tan sólo de cuatro caballeros, salió de Dueñas en la tarde del día 15 de Octubre para la cercana ciudad de Valladolid; y en ésta fué recibido por el arzobispo de Toledo, quien le condujo á la habitacion de su futura. Tenia entonces D. Fernando diez y ocho años; blanco su color, aunque algun tanto tostado por su continua exposicion al sol; mirada viva y alegre, y ancha y despejada frente. Su constitucion robusta y bien formada se habia vigorizado con las fatigas de la guerra y los ejercicios de caballería á que era aficionado, siendo uno de los mejores jinetes de su corte, y sobresaliendo en ella en los ejercicios marciales de todo género. Su voz era algun tanto aguda; pero tenia afluencia en el decir, y cuando tenia algun asunto que tratar, su expresion era fina y hasta seductora. El príncipe, por último, habia conservado su salud con la mucha templanza en el comer, y con una actividad tal, que se decia que hallaba descanso en los negocios. Doña Isabel tenia un año más que su amante; su color era blanco, castaño claro su cabello, tirando á rubio, y sus dulces ojos azules respiraban inteligencia y sensibilidad. Era en extremo hermosa, «la más hermosa señora, dice uno de su servidumbre, que yo he visto jamás, y la más graciosa en sus modales.» El retrato que de ella se conserva en el Palacio Real es notable por la perfecta simetría de sus facciones, que indica la natural serenidad de carácter, y aquella hermosa armonía de cualidades intelectuales y morales que tanto la distinguieron. Su continente era digno y modesto hasta la reserva; hablaba el castellano con más que comun elegancia, y tuvo desde muy temprano particular aficion á las letras, en las que era superior á Fernando, cuya educacion en este punto anduvo, á lo que parece, algun tanto descuidada. No es fácil conseguir un retrato desapasionado de doña Isabel. Los españoles

cuando vuelven los ojos á su glorioso reinado, se entusiasman hasta tal punto con sus perfecciones morales, que hasta para describir las de su persona toman algo de los exagerados colores de la novela.

Duró la entrevista más de dos horas, al cabo de las cuales se retiró Fernando á su morada, en Dueñas, con el mismo acompañamiento que habia traído. Ajustáronse en ella los preliminares del matrimonio; pero era tal la pobreza de los que iban á contraerle, que fué necesario tomar dinero prestado para los gastos de boda. Tales fueron las humildes circunstancias que rodearon el principio de una union destinada á abrir el camino para la mayor prosperidad y grandeza de la monarquía española!

El matrimonio de don Fernando y doña Isabel se celebró públicamente la mañana del 19 de Octubre de 1469 en el palacio de Juan de Vivero, residencia entonces de la princesa, y destinado despues para la Chancillería de Valladolid. Solemnizaron las nupcias con su presencia el almirante de Castilla, abuelo del príncipe, el arzobispo de Toledo y una multitud de personas de clase, igualmente que de condicion inferior, y que no bajaban de dos mil. El arzobispo presentó una bula pontificia de dispensa, en que se absolvía á los contrayentes del impedimento que entre ellos habia por estar dentro del grado de parentesco prohibido; pero se descubrió posteriormente que este documento apócrifo habia sido invencion del anciano monarca aragones, de Fernando y del arzobispo de Toledo, que no se atrevieron á pedirle á la corte de Roma, por el ardor con que ésta habia abrazado abiertamente la causa de Enrique, y que conocian que nunca consentiria Isabel en una union contraria á los cánones de la iglesia, y que llevaba en sí tan graves censuras eclesiásticas. Algunos años despues se impetró y obtuvo una dispensa genuina de Sixto IV; pero la princesa, cuya alma honrada aborrecia todo género de artificio, sufrió no poco disgusto y mortificacion cuando se descubrió la impostura. Consumióse la siguiente semana en las fiestas acostumbradas en tan felices momentos, y concluida que fué,



los recién casados oyeron misa públicamente, según las costumbres de la época, en la iglesia colegiata de Santa María.

Don Fernando y doña Isabel despacharon entonces un mensaje al monarca de Castilla para noticiarle lo hecho, pidiéndole su aprobación; repitiéronle nuevamente sus seguridades

de leal sumisión, y acompañaron al mensaje una copia de los capítulos matrimoniales, que por su contenido les serían más favorables para conciliarse su buen afecto; pero Enrique contestó friamente, que *hablaria de ello con sus ministros*.

CAPÍTULO XXXVIII



CAPÍTULO XXXVIII

**Bandos en Castilla.—Don Fernando y doña Isabel.—Anarquía civil.—Sublévase el Rosellon contra Luis XI.—Heroica defensa de Perpignan.—Hace Fernando levantar el sitio.—Tratado entre Francia y Aragon.—El partido de doña Isabel se fortalece.—Entrevista de Enrique IV con doña Isabel en Segovia.—Segunda invasion francesa del Rosellon.—Acto de justicia sumaria, ejecutado por don Fernando.—Sitio y rendicion de Perpignan.—Perfidia de Luis XI de Francia.—Enfermedad y muerte del rey Enrique IV de Castilla.—Efectos de su reinado.—Escritores particulares.—Alonso de Palencia.—Enriquez del Castillo.**

El matrimonio de don Fernando y doña Isabel desconcertó los proyectos del marqués de Villena, ó mejor dirémos del gran Maestre de Santiago, que este título debe ya dársele, puesto que hizo renuncia del marquesado en favor de su hijo mayor, cuando fué nombrado para el maestrazgo de la orden expresada, dignidad que sólo era inferior al trono. Determinóse, sin embargo, en el consejo de Enrique oponer desde luego las pretensiones de la princesa doña Juana á las de doña Isabel; y se recibió, por lo tanto, con gran contento una embajada del rey de Francia, en que ofrecia para la primera la mano de su hermano el duque de Guiena, pretendiente á quien la segunda habia despreciado. Luis XI deseaba comprometer á su pariente en las revueltas políticas de un reino apartado, á fin de verse libre de sus pretensiones en el suyo.

A consecuencia de esto, tuvo lugar una entrevista de Enrique IV con los embajadores franceses en una aldea del valle de Lozoya, en el mes de Octubre del año 1470. Leyóse en ella un manifiesto, en que el monarca de Castilla declaraba que su hermana habia perdido cuantos derechos pudieran corresponderle en virtud del tratado de Toros de Guisando, por haber

contraido matrimonio sin su aprobación; y después, el rey y la reina juraron la legitimidad de la princesa doña Juana, y la proclamaron como su verdadera y legítima heredera. Entonces los nobles que estaban presentes prestaron los acostumbrados juramentos de fidelidad, y se concluyó la ceremonia con los desposorios de la princesa, que entonces tenia nueve años, según las formalidades usuales en casos semejantes, con el conde de Boulogne, en representación del duque de Guiena.

Esta farsa, en la que muchos de los actores eran los mismos que habian desempeñado los primeros papeles en el convenio de Toros de Guisando, no dejó de ejercer una influencia desfavorable para la causa de doña Isabel. En ella, con efecto, se presentaba al mundo á su rival, cuyas pretensiones debian ser apoyadas por la autoridad toda de la corte de Castilla y la probable cooperacion de la Francia; y muchas de las familias más considerables del reino, como los Pachecos, los Mendozas en todas sus ramas, los Zúñigas, los Velascos y los Pimentales, dando al olvido el homenaje que hacia tan poco rindieron á doña Isabel, se adherian ahora abiertamente á su sobrina doña Juana.